

Introducción

A los maestros, se nos habla desde organismos públicos y privados, desde los ministerios, desde los institutos de formación, desde los medios de comunicación y desde los libros, acerca de los *grandes* problemas de la educación argentina. El problema de la estructura del sistema, el problema de la equidad social, el problema de los contenidos y el problema del perfeccionamiento docente ocupan varias páginas educativas de los diarios y revistas, los minutos tan preciados de la televisión y las horas de insomnio de varios especialistas y maestros.

En este libro, no nos vamos a ocupar de ellos, o por lo menos, no directamente. Por el contrario, vamos a tratar de hacerle un lugar en la agenda educativa a un tema aparentemente menor, en apariencia irrelevante, pero que ocupa el día a día de la docencia argentina y modela a la escuela, tal vez, más profundamente que muchos otros: se trata de los cuadernos de clase.

Lo hacemos porque, más que las grandes proclamas, nos preocupa la práctica como instancia en donde se resuelve la calidad de la educación; y porque creemos que silenciosamente y sin teorizar sobre ellos, el cuerpo docente operó cambios en este sentido a lo largo de la historia de la escuela argentina, que merecen destacarse algunos y repensarse otros. Pocas veces, se habló sobre los cuadernos y sobre los procesos de escritura en la escuela. Pero muchas veces se los modificó en la práctica pasando al cuaderno, del cuaderno de un tipo al cuaderno de otro tipo o del cuaderno a la carpeta; actualmente, se está pensando la introducción de la computadora para la escritura de los saberes escolares. Así es como se configura el pasado del cuaderno de clase antes de 1920. Luego, una época de desarrollo y apogeo del cuaderno, desde la década del veinte hasta la del setenta y, más tarde, un replanteo de su estructura y la introducción de nuevos materiales. En la actualidad, el cuaderno está sufriendo importantes transformaciones.

El estudio que aquí presentamos tiene por objeto desarmar con ustedes el cuaderno de clase. Si se nos permite la metáfora, sería algo así como desarmar un reloj y mostrarles su funcionamiento interno.

Pero no con el propósito de hacer un simple juego de ajedrez intelectual, sino para ver cómo los saberes, los contenidos que nos vienen desde otras instituciones —científicas o políticas— son reprocesados, reordenados por la estructura particular y casi invisible del cuaderno hasta ser transformados en otra cosa: en un saber escolar. El cuaderno de clase, que parece un recurso tan neutro, tan ingenuo, es un dispositivo de poder que transforma unos saberes en otros; y esto es lo que queremos mostrar y presentar.

Hemos dividido el libro en seis capítulos. En cada uno de ellos, vamos a describir alguna o algunas piezas del cuaderno, o el cuaderno en funcionamiento, para ver cómo transforma el saber. En el primer capítulo, presentamos el marco teórico y metodológico del trabajo, y les mostramos las piezas centrales que pueden distinguirse en el cuaderno. En síntesis, abrimos nuestro reloj para analizar sus componentes.

En el segundo capítulo, hacemos un poco de historia. Vamos a ver de dónde salió, cómo se constituyó e incorporó al cuaderno cada una de las piezas que lo conforman. El objetivo es mostrarles quién y cómo *inventó* el cuaderno de clase. La escuela moderna no vino con el cuaderno incluido. El cuaderno no es algo *natural*: es un producto histórico y fue objeto de no pocas polémicas entre maestros y pedagogos. Sobre esas polémicas, vamos a hablar porque, en rigor de verdad, el cuaderno de clase es un híbrido surgido a partir de estas discusiones que eran también discusiones entre lo deseado y lo posible, entre lo innovador y lo conservador. El lector perspicaz va a poder apreciar, en este capítulo, cómo muchas de las novedades escolares que hoy se proponen son viejas novedades de principios de siglo.

El tercer capítulo se aboca al análisis de un elemento central del cuaderno, uno de sus estructurantes clave: la actividad. Observaremos cómo este elemento reestructura los saberes disciplinares y los transforma en saberes escolares; cómo en el cuaderno, más que privilegiarse las disciplinas, se privilegia la actividad que el alumno realiza con los contenidos, y se construye una tipología de las actividades que se repite a lo largo del tiempo.

El cuarto capítulo estudia otro de los elementos estructurantes del cuaderno —el diseño curricular— y, también, explica cómo *formatea* (para usar un término informático) los saberes provenientes de otras áreas. Este capítulo termina de mostrar el funcionamiento general de nuestro reloj, el cuaderno de clase.

El capítulo quinto, una vez presentado este panorama general, muestra las variaciones del cuaderno a lo largo del tiempo. Como el reloj, el cuaderno se fue modernizando. En algunos casos, se trata de variaciones en la fachada; y en otros, al igual que el uso del cuarzo en el reloj, de variaciones muy significativas.

En el último capítulo, se pone al cuaderno en funcionamiento con la institución escolar. Se estudian sus vínculos con las reformas actuales, y con las posibilidades y los límites de transformación que presenta frente a sus propios cambios, frente a la carpeta y a la computadora para la escritura de los saberes escolares.

Nuestro trabajo no ofrece recetas, no porque descreamos especialmente de ellas, sino simplemente porque no las tenemos. Intentamos, en cambio, demostrar a través de un conjunto de observaciones e hipótesis que temas *menores* de la escuela, como este del cuaderno de clase —en los que los maestros tienen más para aportar sobre lo que ellos saben— son, en rigor de verdad, temas *mayores*, que importan, no por un deseo o por una petición de principio, sino porque están estrechamente unidos a la producción y distribución de saberes y a la conformación y transformación de la escuela actual.